13308

JACINTO BENAVENTE

UNA SEÑORA

NOVELA ESCÉNICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro en la noche del 2 de enero de 1920.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.

1920

UNA SEÑORA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

UNA SEÑORA

NOVELA ESCÉNICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro en la noche del 2 de enero de 1920.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1920

Madrid.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELISA	MARGARITA XIRGU.
DOÑA SUSURRITO	AMPARO ÁLVAREZ SEGURA.
DONCELLA	ADELA SANTAULARIA.
LA ROSA	MARÍA DE LAS RIVAS.
LA ÁNGELES	MICAELA CASTEJÓN.
LA ANTONIA	ADELA CALDERÓN.
LA PORTERA	MARÍA BRU.
MUJER 1.ª	ASCENSIÓN VIVERO.
MUJER 2.ª	DOLORES ROIG.
DON MANOLO	ENRIQUE BORRÁS.
ENRIQUE	JOSÉ RIVERO.
FEO	MIGUEL ORTÍN.
EL AMO DEL CAFETÍN	ALBERTO ROMEA.
UN MOZO	LUIS D. LUNA.
HOMBRE 1.º	JOSÉ LUCIO.
HOMBRE 2.º	PEDRO GONZÁLEZ.
UN CRIADO	JOSÉ TRESCOLÍ.

607945

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/unaseoranovelaes00bena

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

DON MANOLO y una DONCELLA

DONCELLA. Pase usted. Pase usted, señor..., señor...

D. MANOLO. Don Manolo. Llámame así. Don Manolo. ¿Cómo has de saber mi apellido, si nadie me llama más que don Manolo?

DONCELLA. Ya lo sé; pero es que yo he podido decir don Manuel. Tonta de mí. ¿Creerá usted que no se me ha ocurrido?

D. MANOLO. Lo que quiere decir que yo no puedo ser más que don Manolo. Ya ni siquiera don Manolito. Y ¿cómo está, cómo está la señorita?

DONCELLA. Muy bien.

D. MANOLO. Y muy guapa.

DONCELLA. Sí, señor. Cada día más guapa.

D. MANOLO. ¿Y dices que no está en casa? Es raro. Ella nunca ha sido muy callejera, y de mañana, menos.

DONCELLA. Es verdad. En Madrid, apenas salía de casa. La que está es doña Bernardita. Voy a avisarla, si usted quiere.

D. MANOLO. Si está visible, tendré mucho gusto en saludarla. Ella me explicará entre suspiro y suspiro todos los detalles del veraneo y la causa del anticipado regreso. Porque nunca han vuelto tan pronto.

DONCELLA. No, señor. Ningún año hasta fines de octubre; pero anteayer recibió una carta la señorita, y después de leerla fué cuando dijo que nos vol-

viamos a Madrid en seguida. Y ya lo ve usted. Esta mañana muy temprano hemos llegado. La señorita me mandó en seguida a su casa de usted a decirle que estaba de vuelta y que deseaba verle a usted en seguida.

D. MANOLO. Y no dirá que no me he apresurado a venir también, contra mi costumbre; porque estas horas para mí son inusitadas. No sé andar por las calles, tropiezo con todo el mundo, me ofusca la luz matutina. ¡Anda, avisa a Susurrito! A doña Bernardita. Tampoco ella puede llamarse más que Susurrito.

DONCELLA. Con su permiso de usted.

ESCENA II

DON MANOLO y después SUSURRITO

SUSURRITO. ¡Don Manolo querido!

D. MANOLO. ¡Susurrito de mi alma!

SUSURRITO. Ya sabía yo que vendría usted en seguida.

D. MANOLO. En cuanto recibí el aviso de Elisa.

SUSURRITO. ¿Ha visto usted qué viaje tan de improviso? ¡Siéntese usted, por Dios!

D. MANOLO. Está usted muy buena.

SUSURRITO. El campo, la tranquilidad. Y estaba mejor; pero en estos últimos días, ¡ay!, con el disgusto...

D. MANOLO. ¡El disgusto! ¿Qué disgusto?

SUSURRITO. ¿Pero usted no sabe...?

D. MANOLO. No sé nada.

SUSURRITO. Pues yo creí que lo sabía todo Madrid.

D. MANOLO. Lo sabrá todo San Sebastián. Madrid ya sabe usted que en verano no está en Madrid; pero dígame usted: ¿qué disgusto es ése?

SUSURRITO. ¡Ay! Yo no sé si debo decírselo a usted antes de que lo sepa por Elisa. Ya sé que ella no tiene secretos para usted, y porque sospecha que usted lo sabe, para que lo sepa usted por ella misma lo habrá mandado llamar; pero no quisiera ser yo la primera en decírselo a usted. ¡Pobre Elisa! No sé si la costará la vida.

D. MANOLO. ¡Me asusta usted! ¿Qué es ello?

SUSURRITO. ¡Ay, don Manolo de mi alma! ¡Que los hombres son como son! Unos egoístas. ¡Unos ambiciosos,

que todo lo sacrifican a su conveniencia. No va usted a creerlo. Enrique se casa.

D. MANOLO. ¿Que Enrique se casa?

SUSURRITO. Baje usted la voz, que los criados están rabiando por saber; por más que ya deben estar enterados; pero no quisiera que se enterasen por mí de ninguna manera. Sí, señor; Enrique se casa. A mí ya me lo habían dicho. No quería creerlo. No quería ser la primera en creerlo. Por más que de Enrique yo lo he creído siempre todo. La pobre Elisa era la que no sospechaba nada. Precisamente ahora estaba más cariñoso que nunca con ella. Como todo el que nos engaña. A mí Enrique no me ha engañado nunca. Se casa con la hija de Utrillo. ¿Qué le parece a usted?

D. MANOLO. ¡Ah! De Utrillo.

SUSURRITO. Ya comprenderá usted. Hay dinero, posición social, carrera política. Enrique sueña con llegar a ministro, y lo será.

D. MANOLO. Sí; en política las alcobas siempre han sido habitación de paso para los gabinetes.

SUSURRITO. Ahí tiene usted... Elisa es ya un estorbo para él. No duda en sacrificarla a sus ambiciones, sin acordarse de que a ella se lo debe todo; que ella ha sacrificado hasta su reputación, sus relaciones sociales. Usted sabe que Elisa, lo mismo en vida de su marido que en los primeros tiempos de su viudez, hasta que conoció a Enrique y empezaron a dar campanadas, estaba muy bien admitida en sociedad; pero, usted lo sabe, se comprometió de tal manera por ese hombre, que poco a poco las señoras fueron alejándose de su trato. Elisa ya no tiene más relaciones que de hombres sólo. Entre las señoras está completamente descalificada. ¡Las cosas que yo he tenido que oír y las buenas amistades que he perdido por defenderla!... ¿Qué iba yo a hacer? Elisa es para mí algo que está sobre todo, y ahora que la pobre..., y es lo más triste, está arruinada...

D. MANOLO. ¿Qué me dice usted?

SUSURRITO. Sí, señor, sí. Dentro de poco tendremos que vivir atenidas a mi pensión. Ya lo ve usted..., una miseria...

D. MANOLO. ¿Pero es posible?... ¿De modo que...?

SUSURRITO. Sí, señor, sí. La ruina completa. Ya el invierno pasado en Madrid empezaron los apuros. La gen-

te no podía sospecharlo, ni los amigos más íntimos de Elisa, como usted, para quien ella no tiene secretos; pero usted la conoce. Por no entristecer a nadie... Nunca ha vivido para ella. Yo puedo decirlo. Usted sabe lo que Elisa ha sido para mí... Más que una amiga, más que una hermana. No quisiera yo que nunca hubiera llegado el día de corresponder a todo lo que la debo. ¡Por desgracia, ha llegado!

D. MANOLO. ¡Pobre Elisa! ¡Cómo podía yo figurarme...!

SUSURRITO. Yo sí; lo tenía previsto. Porque Elisa no era tan rica como parecía. Su esplendidez, sus prodigalidades hacían creer a todo el mundo que era millonaria. Usted sabe cómo se ha vivido en esta casa, cómo se obsequiaba aquí a todo el mundo; pero aún eso hubiera podido ser...; pero Enrique..., Enrique le ha costado mucho. Y usted sabe lo que se gastó en las últimas elecciones, después en el periódico que se empeñó en sostener. La vida que ese hombre ha llevado en Madrid por hacerse amistades, por verse admitido en los círculos aristocráticos... ¡Tenía que hacerse perdonar tantas cosas que sólo se perdonan por dinero!... Y él, sí; él ha conseguido lo que se proponía. Ahora ya no necesita para nada de esta pobre mujer que por él lo ha sacrificado todo. Y usted sabe si Elisa merece tal ingratitud.

D. MANOLO. No, ciertamente. A Elisa se lo debe todo.

SUSURRITO. Todos lo vimos llegar a Madrid muy recomendado a Elisa por un pariente de su marido. Con el día y la noche, como suele decirse. Aún me parece que le estoy viendo. Los pantalones con rodilleras... Buena figura, eso sí; simpático y dicharachero. La pobre Elisa, que fué tan desgraciada en su primer matrimonio, se encaprichó primero, se enamoró después locamente. Entonces podía haberse casado con él: él no deseaba otra cosa. Entones el matrimonio con Elisa era la mejor solución para él; pero Elisa, por delicadeza, por sentimentalismo, no quiso casarse. «Yo seré pronto vieja — decía —. El es muy joven. Mi cariño no puede ser el cariño de toda su vida. Con los años, yo sé que llegaré a quererle de otro modo. Que él puede ser dichoso con otra mujer.» Cosas que se piensan, con las que se engaña uno. El cariño es todo comedias. Se cree uno

capaz de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios...

.MANOLO. ¡Caramba, Susurrito! Parece que usted ha querido alguna vez.

USURRITO. ¿Yo? ¡Pobre de mí! ¿A quién iba yo a querer? Sobre todo, ¿quién iba a quererme a mí? ¡He leído mucho! ¡He visto bastante! Lo cierto es que para Elisa ha llegado la catástrofe. La catástrofe de su vida. ¡Pobre Elisa!

.MANOLO. ¿Y cuándo ha sabido...?

USURRITO. Ayer, por una casualidad, no indiscreción. En seguida dispuso que volviéramos a Madrid. Esta mañana hemos llegado, y apenas llegamos ha salido muy temprano. No sé, no sé. Temo que haga alguna locura.

.MANOLO. ¿Enrique está en Madrid?

USURRITO. Sí. Y la futura también. No ha salido este verano. Temo que Elisa se haya presentado en la casa y haya dado un escándalo. No conseguirá nada. Esa señorita pasará por todo. Ella no puede ignorar las relaciones de Enrique con Elisa. Son bien sabidas de todo el mundo. Pero estará deseando casarse. Es muy fea, muy cursi. ¡Qué hombres! ¡Calle usted, me parece que está aquí Elisa! Si ella no le dice a usted nada, no se dé por enterado; pero seguramente a usted le dirá todo. Es usted de sus buenos amigos.

.MANOLO. Bien puede estar segura de ello.

ESCENA III

DICHOS y ELISA

.MANOLO. ¡Elisa, amiga mía! ¿Cómo está usted?

LISA. ¿Lo sabe usted todo, verdad? ¡Lo sabe usted! ¡No puedo sostenerme!

USURRITO. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

LISA. ¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡No puedo más!

.MANOLO. ¡Vamos, Elisa!

LISA. Se lo ha dicho a usted Susurrito. Ya lo sabe usted. ¡Es infame! ¡Es horrible!

USURRITO. ¡Elisa, tranquilízate! ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

LISA. Ya puedes figurártelo. He visto a esos señores.

He hablado con ellos. He dicho todo lo que tení que decir. No podrán decir que no lo saben todo

SUSURRITO. ¡Qué locura, Elisa! ¿No comprendes que todo ser peor?

ELISA. ¡Ya qué importa! ¿Puede haber algo peor que s traición y su abandono? ¡Lo había pensado tan tas veces! ¡Lo había pensado siempre que est había de suceder y me creía resignada! ¡Era l inevitable! Y ahora no me resigno. No puedo re signarme. Pretende una engañar al corazón; per el corazón no nos engaña. ¡Era toda mi vida! L quería; le quiero con toda mi alma. ¡Le quiero ¡Le quiero! Esta es la única verdad. ¡Tan verda como su traición, como su engaño!

D. MANOLO. No se atormente usted. Y si aún fuera posible. Enrique no puede olvidar todo lo que le debe usted. No debe usted darse por vencida. Tien usted medios sobrados para luchar. No será l primera vez que el cariño, las coqueterías d otra mujer hayan pretendido separarlos a uste des, y ha vencido usted siempre.

ELISA. Antes podía luchar, podía vencer. Ahora, ni pue do intentarlo. ¿Qué puedo yo ofrecerle? No so joven. Ya no puede llamarme hermosa, y so pobre, muy pobre. No puedo hablar a su conve niencia. De su corazón ya sé lo que puedo es perar.

SUSURRITO. ¡Ay! Debías saberlo. Enrique nunca ha tenid corazón. Para él todos los caminos son buenos con tal de llegar adonde se propone; caiga e que caiga, poco importa.

D. MANOLO. Son los hombres de presa, no sé si decir felice ellos o desgraciados. Yo no puedo comprender los; por eso no puedo admirarlos. ¡A mí me h parecido siempre tan bueno ser bueno!; por l menos es lo más sencillo. Vamos, Elisa, calma Comprendo que en este momento sólo piense usted en lo que siente; pero algo me ha dich usted..., algo me ha dicho Susurrito, que para mí, perdone usted mi escepticismo mundano, tie ne más importancia, porque sé de la vida y sé del corazón. ¡Está usted arruinada! ¡Pobre! ¿N es eso?

ELISA. Sí; la más completa ruina. La amenaza de la miseria.

SUSURRITO. Eso no. Todo lo que yo tengo es bien poco, per

es tuyo. Viviremos como se pueda; pero viviremos. Otros viven con menos.

ELISA. Gracias. Si ya nada me importa. No me importa vivir. ¿Cómo podrá importarme vivir de un modo o de otro?

D. MANOLO. Pues eso es lo que debe importarnos. Si a usted no, a los que la queremos a usted como sabe usted que yo la quiero. ¡Si en mis manos estuviera!... Pero... ¿qué puedo yo ofrecer a usted? No puede usted dudar de la sinceridad de mis sentimientos. Pero usted es quizá la única persona de mi confianza que conoce la verdad de mi posición. Lo falso de ella. Mi vida. Usted lo sabe. Caso típico madrileño. El milagro que sólo es posible en esta Corte, que por algo se llama de los milagros. La vida que yo aparento supone algunos miles de renta: buena mesa, teatros, coches, autos, fiestas y bullanga, hasta aventuras que debieran ser costosas. La realidad de mi vida, una jubilación modestísima, con la que no podría vivir en una mala casa de huéspedes. El milagro, esta admirable vida de Madrid, único país del mundo, en que basta con ser simpático a la gente para tener una posición lucrativa. Su casa de usted, Elisa, era lo más saneado de mis rentas; pero no crea usted que sólo por egoísmo deploro la triste situación en que pueda usted encontrarse. Si hay medios todavía de salvarla a usted... Usted tiene buenos amigos. Todos no son, como yo, unos parásitos, unos pobretes. Yo sólo puedo pedir a otros, exigir si es preciso. Pero entre sus amigos hay quien puede salvarla a usted.

ELISA. No piense usted en eso. No hay salvación. Mi ruina es definitiva. Yo no puedo aceptar de nadie lo que no podré pagar nunca. ¡De nadie! Y de él, si ha pensado usted en él, mucho menos. Sólo del cariño puede aceptarse todo.

SUSURRITO. Como él lo aceptaba.

D. MANOLO. Pero es que no puede abandonarla a usted así.

ELISA. Quería una verdad: su cariño. No quiero una mentira ni por deber ni por compasión.

SUSURRITO. Me asustas, Elisa, cuando veo que aparentas serenidad. Me asustas más que cuando te veo desesperada. Te conozco bien y me da miedo. ¿Qué piensas hacer?

ELISA. ¿Pero tú crees que yo puedo pensar? No pienso nada. Aún no puedo creer lo que pienso. Aún no he despertado del todo. El corazón se resiste a dolor. Se defiende contra él y tarda en convencerse de que el dolor es verdad. Todavía me parece todo mentira. Le espero. Sé que llegará de un momento a otro. Porque ya sabrá que lo sé todo. Sabrá que he estado en aquella casa y vendrá, vendrá, y al verle creeré que todo es mentira. Y sé que una sola palabra suya bastaría para que lo fuera. Conque él me dijese: No es verdad, no es verdad. No es mi dolor pensar que todavía le quiero. Mi dolor es pensar cómo tendré que aborrecerle. ¡Aborrecer! ¡Aborrecer!

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE

SUSURRITO. ¡Elisa!
ELISA. ¡Déjeme usted! ¡Déjame tú también!
ENRIQUE. Iba a rogarles a ustedes lo mismo. ¿Cómo está usted?
D. MANOLO. Ya lo ve usted.
ENRIQUE. ¿Me niega usted el saludo?
D. MANOLO. Ya lo ve usted.
ENRIQUE. Está bien. *(Salen Susurrito y D. Manolo.)*

ESCENA V

ELISA y ENRIQUE

ELISA. ¡Enrique! ¡Enrique! ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad y te creeré a ti solo!
ENRIQUE. Hablemos con juicio. Si no estás hoy para ello, volveré más tarde. Hemos de tener calma, mucho juicio. Lo que has hecho hoy ha sido una locura.
ELISA. ¡Hablar con juicio! Habla tú solo entonces. Yo no diré nada. Te miraré, te miraré para convencerme de que eres el mismo, que no puedo creerlo.
ENRIQUE. Soy el mismo, aunque tú no lo creas. El que de los dos ha de pensar siempre serenamente. El que no

puede aceptar que tú te sacrifiques, que te hayas sacrificado. El que quiere salvarte a pesar tuyo. Aunque nada me has dicho, conozco tu situación angustiosa.

ELISA. ¿Qué vas a decirme? ¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Eso no! Es peor esa disculpa. Yo prefiero creer que no sabes nada. Dices que te sacrificas por mí. Que te vendes por mí, por salvarme a mí. ¡Eso no! ¡Eso no!

ENRIQUE. Pues eso será, aunque tú no quieras.

ELISA. ¡Mentira! ¡Mentira! El cariño no salva de ese modo. Si me quisieras te bastarías tú y te bástaría mi cariño para luchar los dos juntos, para soportar los dos juntos todas las adversidades; la miseria, si era preciso. Eso sí; eso sería la verdad. Eso sería quererme como yo te he querido.

ENRIQUE. Eso sería muy bonito, muy novelesco; pero quizás tú serias la primera en darte por vencida. Razona, Elisa, razona. Afrontemos la situación como una realidad contra la que hay que defenderse con realidades. Hablas de sacrificios, de luchar los dos juntos. Pues eso te pido. Que cada uno de nuestra parte sacrifiquemos algo, algo que no es nuestro cariño.

ELISA. ¿Pero qué dices? ¿Qué piensas? ¿Qué vienes a ofrecerme, que no quiero entenderte?

ENRIQUE. ¿No eres tú la que pensabas siempre que llegaríamos a querernos de otra manera?

ELISA. Sí; yo lo pensaba. Yo debía pensarlo. Ya ves que hacía bien en pensarlo. Y tú has debido creer que ese temor era un deseo, ¿verdad? Lo mismo podías darme de puñaladas y decir por disculpa: ¿No me dijiste que era mía tu vida? Y tuya era, sí. Para ti la quería; pero así, no; así, no. A traición, no. Como un cobarde, no. Mata con la verdad. Di que nada te importo, que sólo has pensado en ti. Que peso en tu vida; que soy un estorbo en ella. La verdad puede convertir mi cariño en odio. No quieras que se convierta en desprecio, en asco.

ENRIQUE. ¿Cuándo quieres que volvamos a vernos?

ELISA. ¡Ah!, ¿te vas así? ¡Eres un miserable!

ENRIQUE. ¡Elisa!

ELISA. ¡Miserable! ¡Sí! ¡Miserable! ¡El hombre que se vende es un miserable! ¡Ah! Como ya nada puedes esperar de mí... Como ya no puedo pagar la mentira de tu cariño, ¿qué te importa mi vida

destrozada, el abandono más despiadado, cuando nada me queda en el mundo? La vejez. La horrible vejez, y la miseria, y el desprecio de todos. ¡Miserable! ¡Miserable! ¿Es eso lo que yo merecía de ti? Esta mujer que sólo ha vivido para ti. Esta mujer que te ha querido. Te ha querido... No, no es posible. El corazón se resiste a decirte: ¡Te he querido! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te querré siempre y te perdono todavía, y lo olvido todo por una sola palabra, una sola! ¡No me dejes, Enrique! ¡No me dejes! ¡Seré tu esclava, como lo he sido siempre! ¡No me dejes ahora! ¡Espera! ¡Espera! La vida va de prisa. Los años corren. Dentro de poco yo no seré la misma. El tiempo traerá la resignación. Yo pensaré siempre que tenemos que separarnos. Pero ahora, no. Ahora no puedo pensarlo. ¡No me dejes, Enrique! Por lo que más hayas querido. Por la memoria de tu madre. Ya ni sabes mentir. No te atreves. Ya no soy nada para ti. ¡Nada! ¡Nada! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡No te disculpes, no mientas! Te prefiero así, con todo el valor de tu cinismo. Así, así, para odiarte más pronto, hasta enterrar el odio en el desprecio, y entonces todo habrá concluído. Será la muerte o seguirá la vida; pero será otra vida, porque sin tu cariño no será mi vida. ¡Vete! ¡Vete!

ENRIQUE. Ahora, sí. Es lo mejor; pero yo sé que volveremos a vernos, que hablaremos en calma.

ELISA. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Miserable! ¡Miserable!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una salita muy modesta.

ESCENA PRIMERA

SUSURRITO y DON MANOLO

D. MANOLO. No hable usted de morirse, Susurrito; ya pasó todo. Está usted mejor que nunca.

SUSURRITO. No lo crea usted. No estoy buena. El caso es que si quisiera decir lo que tengo... Es cosa del espíritu, pasión de ánimo; un decaimiento... Yo soy muy sufrida; además, usted lo sabe, yo soy la que ha tenido que sacar fuerzas de flaqueza, sostener a Elisa, aparentar... hasta alegría y no digamos bienestar, Dios sabe a costa de cuántas humillaciones; porque los amigos..., usted ya sabe, cuando uno lo necesita, pocos resisten a la prueba. Ya ve usted quién viene aquí ahora: usted, nada más que usted, que es usted único, y nunca se lo agradeceremos a usted bastante.

D. MANOLO. Sí que la gente es como Dios la ha hecho. ¡Pero, señor, a mí que me parece tan fácil ser persona decente!; verdad que eso es muy fácil o es imposible. Pero, vamos, hay amigos que no debían haber abandonado a ustedes. ¡Con lo que la casa de Elisa ha sido para todos!: el verdadero hogar de muchos que no lo hemos tenido nunca, y, aparte de eso, una reunión tan agradable...

SUSURRITO. Sí, señor; cuando se obsequiaba y se agasajaba a todo el mundo, y allí la cena, y allí el chocolate, y la partida de tresillo, y la seguridad de

que no íbamos a pedir nada a nadie... ¡Pero si usted supiera!... Me da fatiga contarle a usted nuestros apuros; los míos, porque Elisa, gracias a Dios, aun vive con la ilusión de que por lo menos no nos falta lo necesario. Ella no sabe que estamos despedidas de la casa.

D. MANOLO. Eso no puede ser.

SUSURRITO. Sí, señor, sí; mi enfermedad ha traído gastos extraordinarios. ¡Usted no sabe, usted no sabe!

D. MANOLO. ¡Por vida...! Pero eso no, eso no. ¡Pobre Elisa! Yo, por mi parte, haré lo posible y lo imposible. Pero ¿qué puedo hacer yo, qué puedo yo? Es uno más pobre que los pobres, Susurrito. Y lo malo es que no inspira uno compasión; al contrario, hay quien le envidia a uno y quien le cree a uno un despilfarrador. Y eso sí, la vida es lo que uno ha despilfarrado; poner un poco de alegría y de bondad en ella, es un lujo muy caro. Hay que pensar, hay que pensar. ¿De veras no cuentan ustedes con ningún amigo? Me cuesta creerlo.

SUSURRITO. ¡Ay, don Manolo! Elisa no sabe todo lo que yo he pasado. ¿A quién no habré yo acudido? ¿Usted cree que con mi pensión hubiéramos podido vivir como hemos vivido, para que Elisa no sintiera tanto su desgracia, para que no careciera de mil cosas, a las que ella antes no daba importancia, porque estaba acostumbrada a ellas, pero que si le hubieran faltado de pronto, su falta le hubiera sido penosa privación? Y por ella...

D. MANOLO. Es usted un ángel, Susurrito. Y es usted como su nombre; como el nombre con que de común acuerdo la confirmamos a usted un día entre todos: Susurrito. Es tan difícil ser buenos como usted... Hay mucha gente buena, no lo niego, no soy tan pesimista; pero hay quien hace el bien de un modo tan estrepitoso, que alguna vez molesta y otras hasta ofende. Y la bondad está bien así, como la bondad de usted, suave, blanda, discreta..., como su nombre de usted..., Susurrito.

SUSURRITO. Yo no sé si soy buena; de lo que sí estoy persuadida es de mi insignificancia, cuando puedo tan poco. Y no por mí, por Elisa yo quisiera... Elisa sí que es buena, lo ha sido siempre para todos. Para mí, ¿qué voy a decirle?... Cuando yo estaba más sola en el mundo, cuando yo vivía más pobremente, ella me llevó a su casa, y cuando era

yo la que tenía que agradecerlo todo, más parecía que era ella la que tenía que estar agradecida: tanta era su generosidad, su delicadeza. ¿Cómo no he de quererla como la quiero? ¿Cómo no he de sentir por ella más que por mí las privaciones, la miseria que nos amenazan? Esta triste miseria de señoras que han venido a menos y no saben..., mejor dicho, no pueden dejar de ser señoras. ¡Es muy triste, muy triste!

D. MANOLO. Por más que pienso..., porque yo sé que este apuro de hoy, el de mañana, de un modo o de otro, yo mismo con mis pobres medios podría solucionarlo. Pero no es eso, no es eso. Es preciso que Elisa tenga asegurada su vida, que no salgan ustedes de este apuro por unos días, para hallarse en otro mayor en seguida. A Elisa no me atrevería a proponérselo. A usted, sí. ¿Qué le parece a usted si yo hablara con Enrique? Cuidado, que yo no he vuelto ni a saludarle desde aquel día en que le retiré mi mano al ofrecerme él la suya. Alguna vez le he visto, como si no le conociera... Pero ahora yo le hablaría, yo le haría presente la triste situación de Elisa... Yo creo que si él supiera... No le creo tan ingrato, tan miserable... ¿Qué le parece a usted? ¿No le parece a usted bien? ¿Teme usted que Elisa lo sepa, o teme usted que él...?

SUSURRITO. ¡Ay, don Manolo de mi alma! No lo temo, estoy segura de ello.

D. MANOLO. ¡Cómo!... ¿Es que...?

SUSURRITO. ¡Sí, don Manolo de mi alma, sin que Elisa pudiera sospecharlo he acudido a él! Dios sabe la violencia que me ha costado; pero como usted ha pensado ahora pensé yo antes: que no había otro remedio. Y así lo hice. Nunca fué muy espléndido, esa es la verdad; pero hace pocos días le escribí y me contestó con una carta... Va usted a verla; espere usted, espere usted. ¡Ay, Dios mío!; no encuentro la carta... Y yo juraría que la había dejado donde estaba segura de encontrarla... No sé si con la preocupación de esconderla... Ya sospecho si Elisa habrá dado con ella. Cuando la recibí estaba ella conmigo; disimulé todo lo que pude; pero no sé, no sé... Sería un disgusto; figúrese usted que en esa carta se negaba a atenderme, que ya estaba cansado de peticiones...

D. MANOLO. ¡Qué infamia!... Su posición es brillante; yo sé qu su suegro no le escatima nada; está en camin de ser ministro. Ya es jefe de grupo; eso sí, e grupo son doce; pero si no hacen nada todaví por sí solos, ya saben estorbar lo que pretende hacer otros; y estorbar es lo que más se cotiz hoy en política. ¿Y dice usted que...?

SUSURRITO. Con muy buenas palabras me decía en su cart que todavía si fuera Elisa misma la que se diri giera a él... Ya ve usted. Quiere esa humillación que ella misma...

D. MANOLO. ¡Es un caballero! Hará carrera.

SUSURRITO. Pero esa carta, ¿dónde habré yo dejado esa car ta, que nunca debí romper? Pero era una de esa cartas que conviene guardar para convencers uno mismo y convencer a los demás de lo qu llevan dentro algunas personas de esas que pa rece pasan por honorables, como ahora se dice

D. MANOLO. Sí que es un documento... Creo que está ah Elisa.

SUSURRITO. Sí, viene de la iglesia, como todas las tardes Menos mal que aún la queda ese consuelo: cree y esperar.

ESCENA II

DICHOS y ELISA

D. MANOLO. Elisa, ¿cómo va?

ELISA. Ya lo ve usted...

D. MANOLO. De sus devociones...

ELISA. Devociones divinas; sin una devoción no se pue de vivir. ¿Qué hay, Susurrito? ¿No ha venido nadie?

SUSURRITO. A esta casa no viene más que nuestro amigo; e único...

ELISA. Es verdad, y está bien así. ¡Si todos fueran igua les! Nadie me ha engañado; es decir... No, tam poco ése; sabía que era así. En todo cariño hay siempre uno que quiere, otro que se deja querer un incendio y un resplandor, que en nuestra ilusión queremos creer que es fuego también.

D. MANOLO. Pero ya pasó todo, y estoy seguro de que ahora le parece a usted como si nada hubiera sido.

ELISA. No, eso no. Quisiera haber muerto con la ilusión de aquel cariño, sin haber despertado.

D. MANOLO. Pero ¿aún se acuerda usted de él?

ELISA. No, me acuerdo de mí; de lo que yo era cuando creía en él. No quiero pensar. ¿Qué pasa por el mundo, don Manolo?

D. MANOLO. No sé nada, no veo a nadie. Usted sabe que mi vida también ha cambiado mucho.

ELISA. Sí, lo sé. Y sé también que son mis tristezas las que han entristecido su vida: amigo mío, amigo bueno, amigo incomparable.

D. MANOLO. Amigo inútil, amigo inservible, querrá usted decir.

ELISA. No, eso no; si no fuera por usted y por Susurrito, ¿qué sería de mí?

SUSURRITO. No digas eso.

ELISA. Aunque con Susurrito tengo yo que ajustar unas cuentas.

SUSURRITO. ¿Conmigo?

ELISA. Sí, sí; cuando estemos solas.

SUSURRITO. ¿Don Manolo no te inspira bastante confianza?

ELISA. No quiero que sepa los motivos que tengo para reñir contigo.

D. MANOLO. Es un modo de echarme; pero ahora es cuando no quisiera dejar a ustedes.

ELISA. No me haga uted caso; usted puede oírlo todo. Es que... ¿Cómo te encuentras, Susurrito? ¿Estás ya buena? ¿Me prometes no llorar ni afligirte por lo que yo te diga?

SUSURRITO. Pero ¿qué es ello? No me asustes.

ELISA. Es que tú no sabes, no sabes lo que has hecho.

SUSURRITO. Pero ¿qué he hecho yo?

ELISA. No puedo callar más; he callado durante muchos días. Mira esta carta. Lo sé, lo sé. Sé lo que has hecho; sé también que ha sido por mí; pero no has debido hacerlo nunca; no, todo antes que esto. Debiste comprender que todo era preferible, todo antes que esto. Acudir a él, implorar de él una limosna... No; eso no, eso no. Sólo a ti puedo perdonártelo; pero no sabes el daño que me has hecho.

SUSURRITO. ¿Y qué podía yo hacer? No me digas nada; más que tú lo siento...; pero tú no sabes, no sabes aún...

ELISA. Sí, sí; es la miseria, la horrible miseria; pero todo antes que esto. Si no le quisiera todavía... Pero a

pesar mío, a pesar suyo, a pesar de tanta infamia, de tanta bajeza, le quiero, le quiero siempre y si me dejara llevar de mi corazón, iría arrastrándome hasta él a pedirle, no esa limosna que tú le pedías: la limosna de su cariño, la limosna de una mirada suya... Cuando lo pienso me da vergüenza de mí misma y comprendo que él haya podido llegar a tanto desprecio de mí, porque soy una mujer indigna, y mi indignidad ha caído en él de rechazo. Sí, sí, es mía la culpa. La ceguedad de mi cariño se complacía en humillarle, quería que todo me lo debiera a mí, ser todo para él en la vida... y fuimos dignos el uno del otro: a cariño que compra, cariño que se vende. ¿De qué puedo quejarme?

D. MANOLO. Vamos, Elisa, no se atormente usted.

ELISA. Me desprecio, me desprecio profundamente, como él debe despreciarme. Así ha podido escribir esa carta. ¿Por qué diste ocasión a que pudiera escribirla?

SUSURRITO. ¡Perdóname! ¡Perdóname! Yo no quería que tú sufrieras privaciones, no tenía a quien acudir. ¡Fué por ti! ¡Fué por ti! Y ahora... ¡Ay, Elisa de mi alma! Tú llamas la miseria a vivir como vivimos. Para lo que tú estás acostumbrada, sí, esto es la miseria, pero aún no es toda la miseria. Muy pronto nos faltará todo: Nos han despedido de la casa; estos pobres muebles que nos quedan ya no son nuestros... ¿Cómo pagar lo que debemos? ¡Muy pronto será la verdadera miseria, carecer de todo!... Por mí no me importa; pero tú, tú... Sí, he hecho mal, he hecho mal; pero dime, ¿qué podía yo hacer para que no llegara este caso?

ELISA. Sí, es horrible, es horrible.

D. MANOLO. Y yo sin poder nada. Sí que puedo estar orgulloso. Una vida malgastada, una existencia inútil. ¡Hermosa vida de hombre! ¡Me doy asco!

SUSURRITO. ¿Qué piensas, Elisa? Me da miedo cuando callas. ¿Qué piensas? Dame tú fuerzas, que yo no puedo más, no puedo más.

ELISA. Mi pobre Susurrito, sacrificada por mí, sin una queja, sin un reproche. Tú sí que tienes que perdonarme. He sido egoísta. Sólo pensaba en lo que había sido de mi cariño, y aun esperaba..., esperaba que volviera a ser. No he querido ver

la realidad... Tu sacrificio..., para que yo no supiera nunca esta horrible verdad de la miseria...

D. MANOLO. No, no es posible; yo buscaré, yo veré..., yo no sé cómo..., pero ¿es que tan poco valgo? ¿Es que no podré yo hacer nada por ustedes? Yo tengo amigos, amigos de ustedes también... ¿Es que la amistad es una mentira? ¿Es que todos, todos los que se llaman amigos de usted, pueden contentarse al saber su situación de usted con decir, como tantas veces he oído en mi vida: ¿No saben ustedes?: la pobre Elisa, en la miseria, la han echado de la casa, no tiene qué comer... Y todo esto mientras se juega una partida de poker o de tresillo, como si hablaran de un personaje de novela o de comedia, no de alguien que nos dió su afecto generosamente, de alguien que confió a nuestra amistad sus alegrías y sus tristezas, de alguien a quien nos ofrecimos mil veces en cuerpo y alma como amigos y servidores... ¡Qué farsa! ¡Qué farsa! Y yo el más farsante, el más miserable de todos... Yo, que habiendo pasado mi vida en casas suntuosas, no tengo hoy, a mis años, una pobre casa que ofrecer a ustedes. Yo, que habiendo vivido como si tuviera miles de renta, no puedo disponer en un momento de unas miserables pesetas. Pero ¿cómo he de disponer? El dinero es de los calculadores, de los egoístas, de esos que pueden comentar con indiferencia, mientras juegan una partida de poker o de tresillo, la ruina del amigo más íntimo, la desgracia de la mujer cuyos favores y cuyas sonrisas se disputaron, y al comentar aun sienten la satisfacción del que posee el secreto de la vida, y es como si dijeran: A nosotros no puede pasarnos nada de eso. Pero yo les juro a ustedes que poco valgo, que de nada sirvo, o...

ELISA. No, amigo mío, no. Yo sé lo que debo hacer. Debo castigarme, castigarme en mi orgullo. Será la abdicación de mi fuerza moral. Pero debo aceptarlo como un castigo... Yo escribiré, sí, yo misma. ¿No exigía eso? Mi humillación...

SUSURRITO. No, Elisa, no.

ELISA. Sí, sí; hay que aceptar la realidad, hay que vivir, y así es la vida. Seamos humildes; déjame, déjame.

D. MANOLO. ¡Pobre Elisa!

ELISA. Es muy divertido. Verá usted. ¿Qué puedo de-

cirle? La verdad; es lo mejor, toda la verdad... Mi distinguido amigo:... ¿Lo ve usted? Ya me parece que no le escribo a él, es a un extraño..., al más extraño... Mi distinguido amigo:... ¿Qué más? ¿Qué más? ¡Oh, qué vergüenza! No, no puedo; es demasiado, es demasiado... Que Dios se apiade de nosostras, que la vida haga de nosotras lo que quiera... Pediremos limosna si es preciso; pero a cualquiera, en la calle...

D. MANOLO. No, no puedo oírlo; espérenme ustedes..., espérenme ustedes. *(Sale.)*

ESCENA III

ELISA y SUSURRITO

SUSURRITO. ¡Pobre amigo! Poco podrá. Engañar unos días la miseria que acecha; después, ¿qué será de nosotras, Elisa?

ELISA. No, no llores, ¡por Dios! Yo no lloro, ya lo ves; no tengo lágrimas.

SUSURRITO. Por eso me da miedo. ¿Qué piensas? No mires así; me da miedo.

ELISA. No tengas miedo. Miro a la vida cara a cara, y afrontar la vida es afrontar la muerte.

SUSURRITO. No, eso no; no hables de morir. Dios tendrá compasión de nosotras.

ELISA. Sí, sí; yo espero. ¿No ves que estoy tranquila? No llores tú, no llores... Hermana mía, madrecita mía..., que ahora serás mi hija, ahora seré yo quien te defienda, seré yo quien luche por las dos; ya verás cómo puedo más que todos... Si estoy tranquila, si soy fuerte... No llores tú, no llores.

SUSURRITO. Si no lloro por mí; es por ti, es por ti.

ELISA. Lloras por mí, ya lo sé, sólo por mí. Y ¿por qué crees tú que yo no lloro? ¿Por qué crees tú que yo vivo todavía?

SUSURRITO. Por mí, ya lo sé; sólo por mí... Pero yo sé bien lo que tú sientes, yo sé lo que tú piensas... Piensas en morir, piensas en dejarme.

ELISA. No, no. ¡Mi Susurrito, mi santa, santa mía!

SUSURRITO. Así, así; llora conmigo. Me asusta que no llores.

TELÓN

ACTO TERCERO

Un cafetín.

ESCENA PRIMERA

ELISA, LA ROSA, LA ÁNGELES y un MOZO

ÁNGELES. Vamos, entra ya. ¿Qué quieres hacer en mitá la calle? ¿Pa armar otra? Si no vas a conseguir nada; si cuanto más te emperres ha de ser peor. A los hombres no hay más que dejarles cuando la dejan a una. Ya vuelven luego y cuando una menos quisiera. Miá tú ése, ande irá que más valga. No seas tonta. Vamos, siéntate... *(Llamando al mozo.)* ¡Tú! ¿Qué quiés tú?

ROSA. ¿Yo? Nada. Si no quiero sentarme. ¿No ves que no puedo estar? Yo tengo que verle esta noche misma, y a esa mujer también; que no se crean que se van a reír de mí.

ÁNGELES. Pues claro que se reirán, y cuanto más hagas más han de reírse. Déjalos y que los maten juntos... Ya va aviao con ella y ella con él. Tal para cual. Vamos, mujer, te pegaba. ¡Miá que eres tonta! No han pasao tres días le tiés otra vez pa contigo tuyo.

ROSA. Pero ¿qué me habrá dao a mí ese hombre, que conociéndole como le conozco y sabiendo de sobra como lo sé tóo lo que puede dar de sí, sólo de pensar que pué dejarme...? Si no como, ni duermo, ni sosiego tóos estos días; si no he hecho más que buscarle por tóo Madrid, y miá tú ande he ido a dar con ellos.

ÁNGELES. Pa dar el espetáculo. A las nueve de la noche y debajo del reló de la Puerta del Sol. Pa que no se enterase nadie.

ROSA. Oye, yo creo que ella va bien señalá.

ÁNGELES. Con alma la diste. Ya pués agradecer a don Remigio, que si no de la Comi vas allá arriba. Pero ya verás lo que te sale, si es juicio náa más... Pero si tarda en curarse y sales de causa...

ROSA. Y eso tendrá que ser un día o el otro, porque a ella y a él, tan fijo que los mato.

ÁNGELES. Café, ya sabes... ¿No quiés nada? Vamos, toma algo; si no habrás cenao.

ROSA. ¿Qué me importa? Morirme es lo que yo quisiera... Mira, por tu madre, déjame salir, déjame salir, que creo que voy a volverme loca. Yo sé ánde tengo que encontrarlos ahora.

ÁNGELES. Vamos, que no sales. Estáte ahí quieta.

ROSA. ¡Maldita sea la hora en que nací y maldita sea la hora en que le he conocido!

ÁNGELES. ¡Vamos, tú estás loca!

ELISA. ¿Qué le pasa?

ÁNGELES. Ya ve usted. Es doña Elisa, mira. ¿Cómo está usted? Ya hacía noches que no venía usted por aquí.

ELISA. Sí, he estado mala; no estoy buena. Hoy he venido porque no tenía otro remedio; me han puesto en la calle.

ÁNGELES. ¡Válgame Dios! A nadie nos falta. Pero oiga usted, doña Elisa, y usted perdone que me meta en averiguaciones: yo sé que es usted una señora, que ha vivido usted como una señora.

ELISA. ¿Una señora? No, una pobre mujer como vosotras..., como esa que llora ahí por un hombre. Cuando una quiere así no es nada en el mundo. Todas lo mismo: mujeres nada más, mujeres... Dile a ésa que no llore.

ÁNGELES. ¿Y no tiene usted a nadie en el mundo?

ELISA. A nadie, a nadie. Todos los que me querían han muerto. Ayer estuve a visitarlos; no eran muchos: dos, dos amigos... ¡Pobres! ¡Qué sola me han dejado! Desde que se han ido no sé de mí. Me pongo a pensar y me parece que me cuento a mí misma la historia de otra mujer que no soy yo. Y casi no me importa. Yo creo que también me he muerto. No se muere de una vez, se muere uno a pedazos. Llega un día en que uno ya no es

uno; lo que más importaba ya no importa, lo que más dolía ya no duele; se piensa de otra manera, se siente de otro modo... Cuando se siente y dice una: ¿Quién soy yo?, de veras que me veo andar por el mundo y no se me ocurre decir: ¿Adónde voy yo? Digo siempre: ¿Adónde irá ésa?

ÁNGELES. Sí que es pa pensar en lo que usted dice. Sí que tendrá que oír su historia de usted.

ELISA. ¡Mi historia! ¿Qué historia? Dile a ésa que no llore. ¿Por qué lloras así? ¿Te ha dejado un hombre? ¿Tanto le querías? ¡Desdichada! Mira adónde trae el querer así...

ROSA. Pero ¿es que cuando se quiere puede quererse de otra manera?

ELISA. Eso es verdad; pero es una desgracia. Hay gente que quiere..., que dice que quiere y no sufre; sabe querer con orden. Hay quien lleva cuenta con todo, hasta con el corazón. Hasta aquí quiero, de aquí no se pasa, que es mucho gasto...

ÁNGELES. Sí que tié ángel esta vieja.

ELISA. ¿Te parezco vieja, verdad? Te espantarías si supieras que no debia serlo por los años. No son años, hija mía: son penas estas arrugas, esta facha... ¡Un siglo de penas!

ROSA. Vamos, cuéntenos usted cosas... Dicen que ha tenido usted mucho dinero.

ELISA. ¡Qué sé yo!... No sé nada, no quiero acordarme de nada. Ya no sé cuándo he sido más feliz; yo creo que ahora; ahora todo es verdad... Ya sé que mañana tendré lo mismo que hoy, y que no me engaña nadie. El que se acerca a mí se acerca por lo que soy; ya me ven; tampoco yo engaño a nadie... Más pobre que yo... Vosotras, ahora, ¿qué podéis esperar de mí? Y me dais vuestra conversación y un poco de cariño, ¿verdad? Me tenéis lástima.

ÁNGELES. ¡Ya lo creo! Yo tengo pa mí que ha debido usted ser muy buena, y seguramente por ser demasiado buena se ve usted ahora como se ve. ¿No es verdad, usted?

ELISA. ¡Qué sabe uno lo que es ser bueno! Lo malo es querer; cuando se quiere por hacer bien, hace uno mal; no se puede ser bueno...

ROSA. Usted ha debido tener alguna historia de amores; también usted debe de haber pasao por algún hombre lo que yo estoy pasando.

ELISA. Sí, sí, como tú; por eso me das lástima. Pero tú puedes gritarlo en la calle, puedes decir lo que sientes..., puedes matar... Tú no sabes lo que es morirse de pena y callar, callar...

ROSA. No, yo eso no. Por nada de este mundo me callo.

ELISA. ¡Quién hubiera sido como tú!

ROSA. ¡Ya! Usted era una señora.

ELISA. Tú no sabes lo que estorba el ser señora para ser mujer.

ESCENA II

DICHAS y LA ANTONIA

ANTONIA. Ya sabía yo que estaríais aquí.

ÁNGELES. ¡Hola, Antonia!

ANTONIA. Oye, tú, ¿qué os ha pasao, que me han dicho...?

ROSA. Ya pués figurártelo.

ÁNGELES. Pues náa..., que íbamos ésta y yo como todas las noches, y al salir de la calle Correos pa la Puerta del Sol nos encontramos con ése, que iba con la otra, y verlos ésta y echarse pa ellos como una fiera, tóo fué uno.

ANTONIA. ¿Os han llevao a la Comi?

ÁNGELES. Hazte cargo; gracias que estaba allí don Remigio; pero ahora ésta está emperráa en buscarlos... En qué me veo pa sujetarla.

ANTONIA. ¡Tonta! Pero si ésa ya sabes que no es más que una comprometedora. No hagas caso; en cuanto tú quieras le tienes aquí... Ahora acabo de verle.

ROSA. ¿Le has visto? ¿Iba solo?

ANTONIA. Con un amigo..., buen mozo por cierto...; no le conozco.

ROSA. ¿Y has hablao con él?

ANTONIA. Sí, mujer; y... vaya... ¿Quiés saberlo? Se ha quedao a la puerta y me está esperando pa que yo le diga si se te ha pasao y que no tiés razón pa ponerte así, que él no quiere a esa mujer ni pué quererla, que ha sío ella, ya te digo, que no se ha gozao toda su vida más que en infernar a unos y a otros. Vamos, ¿le digo que entre?

ROSA. Que no se me ponga delante, porque...

ÁNGELES. No la hagas caso... Dile que sí, que aquí estamos.

ANTONIA. Ella es la que tié que decirlo.

ROSA. Que no quiero ni verle.

ÁNGELES. Eso es; ahora que viene a pedirte perdón, y antes, pa armar otro escándalo, querías verle.

ANTONIA. Mira que está la noche muy fría pa tenerle aguardando.

ROSA. No se morirá...

ANTONIA. Ni tú lo quisieras. Vaya, yo le llamo. ¡Feo! Aquí la tienes.

ESCENA III

DICHAS y FEO

FEO. ¿Te parece bien?

ROSA. ¿Pero tiés valor pa hablar todavía?

FEO. Parece mentira.

ROSA. Eso, parece mentira. ¿No me habías jurao por tu madre que si volvías con esa mujer que no volviera a mirarte a la cara? Miá lo que has tardao...

FEO. ¿Creerás tú que yo he ido a buscarla? Pero ¿no la conoces? ¿No sabes que todo es de rabia que te tiene?

ROSA. Y porque ella me tenga rabia tiés tú que ir con ella pa que se salga con la suya. Vergüenza debía de darte, sabiendo cómo anda con unos y con otros.

FEO. Por mí ya puede andar con quien quiera. ¿Creerás tú que me importa ni me ha importao nunca? Pero tampoco tengo por qué negarle la palabra cuando nos encontramos en una parte o en otra; es una conocida de todos mis amigos.

ROSA. ¡Y tan conocida! Anda ya, que te estará esperando; no vayas a tener un disgusto.

FEO. Yo no tengo más disgustos que los que tú llevas sin fundamento. La Antonia lo sabe.

ANTONIA. Ya se lo he dicho.

FEO. Vamos. ¿Es que no vas a mirarme en toa la noche? Convídame siquiera, mujer.

ÁNGELES. Eso no; esta noche convido yo. ¿Qué queréis?

FEO. Nada; si era broma.

ÁNGELES. ¡Qué broma! Pero aquí no. Vamos a otro sitio mejor; ya estamos andando.

ROSA. Dejarme en paz; yo me voy pa mi casa.

ANTONIA. Mira, eso ya es ponerse tonta.

FEO. No, si tendremos pa un año.

ÁNGELES. Porque tu querrás. Vamos ya de aquí. En el 47 no han cerrao todavía, y si han cerrao nos abren. Allí tomamos cualquier cosa y bebemos algo... Vamos, ¿queréis no fastidiar?... Si estás rabiando por mirarle y reírte de todo... Anda, so prima, abrazarse ya... Eso.

FEO. Más tonta...

ROSA. Yo, ¿verdad?

ÁNGELES. ¿Qué se debe?

MOZO. Ya sabe usted... ¡Anda, ya se ha dormido!

ÁNGELES. Déjala. ¡Pobre mujer! No tendrá ande dormir; la han echao de la casa. Vamos nosotros. Buenas noches.

MOZO. Vayan con Dios.

ROSA. Tápate la boca al salir, que hace mucho frío.

ANTONIA. Eso, eso, cuídale bien. Así habíais de estar siempre.

FEO. Porque ella no quiere.

ROSA. Yo, ¿verdad?

ÁNGELES. Sí que hace frío; taparse bien. *(Salen.)*

ESCENA IV

ELISA y el MOZO. Luego MUJER 1.ª, MUJER 2.ª, HOMBRE 1.º y HOMBRE 2.º; después la PORTERA, un CRIADO y el AMO del cafetín.

MOZO. ¡Eh!...

ELISA. ¿Qué?...

MOZO. No se duerma.

ELISA. No duermo... ¿Se han ido esas jóvenes?

MOZO. Sí, se han ido; y usté debía de irse también.

ELISA. Sí, me iré, me iré.

MOZO. Y a ver si me paga usté lo que me debe, que son tres pesetas, de todas estas noches...

ELISA. Bueno, hombre, yo te pagaré, yo lo pago todo...

MOZO. ¡A ver cuándo va a ser!... *(Entran dos mujeres y dos hombres.)*

MUJER 1.ª Buenas noches.

MOZO. Buenas noches. ¿Qué va a ser?

MUJER 2.ª Tráete unos churos y café pa todos.

MUJER 1.ª No; pa mí media de anís.

MOZO. Está bien.

HOMBRE 1.º ¿Tiés ahí el dinero?

HOMBRE 2.º Callarse aquí... No hablar de náa.
MUJER 1.ª No ha sido mal negocio.
HOMBRE 2.º Bueno, dejarlo estar. Luego se tratará de todo...
MUJER 2.ª Mira que se ha echao un frío...
MUJER 1.ª ¡Ya, ya!...
ELISA. ¿Qué hora es? ¿Me hacen el favor?...
HOMBRE 1.º Las cuatro menos veinte.
ELISA. Gracias. Oye tú, tráeme un poco de aguardiente.
MOZO. Déjese en paz. No la sirvo.
ELISA. ¡Mira que eres!... Si yo te pagaré todo...
MOZO. Aguardiente no la sirvo; pa que luego se duerma aquí.
ELISA. Te lo pido por favor, hombre.
MOZO. ¡Que no, ea!
HOMBRE 1.º Vamos, sírvela, hombre. ¡Pobre mujer! Yo la convido... ¡Eh!... Está usted convidada.
ELISA. Gracias, muchas gracias.
HOMBRE 2.º Por supuesto, al Getafe no le tenemos que decir nada de esto.
MUJER 1.ª Quítate; ni palabra.
HOMBRE 2.º No faltará quien le dé el soplo.
MUJER 2.ª Como si no; como se ha portao tan decente...
MOZO. Ya, ya se ha dormido. ¡Qué tía pelma!
MUJER 1.ª Déjela en paz, hombre; a nadie estorba. *(Entra la portera, muy arrebujada en un mantón.)*
MOZO. ¿Qué busca usted aquí, señora?
PORTERA. ¡Ah, ya la veo! ¡Anda, cómo duerme!
MOZO. ¿La conoce usted?
PORTERA. Soy la portera de la casa ande vivía hasta hoy, que han tenido que echarla. Desde esta tarde la ando buscando. Por fin me dieron razón que venía aquí las más de las noches. Hágase usté cargo. Este anochecido llegó una carta; debe de ser cosa de interés, porque la ha traído un lacayo de librea que no ha querido dejarla, y después ha vuelto y ahí está, que dice que tié orden de buscarla ande estuviera, y entregarle la carta en persona, que a la cuenta trae dinero dentro... Hágase usté cargo; el maná pa la pobre señora, que ande usté la ve es una señora... Cosas de la vida. ¡Eh, doña Elisa!
ELISA. ¿Qué? ¿Quién es?
PORTERA. Yo, señora; yo soy... Espere usted. ¡Eh! *(Llamando a la puerta.) (Entra un criado de casaca.)* Aquí está doña Elisa.
MUJER 1.ª ¿Habéis oído? ¡Doña Elisa!

MUJER 2.ª ¡Anda, un criado de casa grande!
CRIADO. ¿Doña Elisa, es ésta?
PORTERA. Sí, señor, ésta es.
CRIADO. Bueno, sí puede ser..., por lo que me han dicho...
PORTERA. Cuando yo se lo digo a usté...
ELISA. ¿Qué es?... ¿Qué me trae usted?...
PORTERA. Esta carta, que no sé por qué me parece que va a sacarla a usté de apuros.
CRIADO. Si me hace el favor de firmar el sobre...
ELISA. ¿Qué dice?
PORTERA. Que firme usté en el sobre, pa que sepan de cómo lo ha recibido usté.
ELISA. ¿Qué es esto?
PORTERA. ¡Digo!
MUJER 1.ª ¿Estáis viendo?
HOMBRE 1.º Son billetes...
ELISA. ¿Qué es esto?... ¿Nada más que esto?...
PORTERA. ¿Le parece a usté poco?
ELISA. El dinero no...; es mucho..., es demasiado. ¿Para qué lo quiero?... Sólo el sobre, es su letra..., y dinero, dinero..., nada más, nada más. *(Se cae muerta.)*
PORTERA. ¿Qué le pasa? ¡Doña Elisa! ¡Señora!...
MOZO. ¿Qué es?
MUJER 1.ª ¿Qué le ha pasao?
PORTERA. Que se ha privao...
MUJER 2.ª Estará muerta de necesidá... Tráele café.
PORTERA. ¡Eh!... ¡Señora!... Si yo creo que está muerta...
MOZO. A ver...
MUJER 1.ª No te acerques... *(Entra el dueño del cafetín.)*
AMO. ¿Qué pasa?
MOZO. Ya ve usté, que se ha caído redonda... ¡Eh, buena mujer!...
AMO. Si no la dejarais entrar... Os lo tengo dicho... A ver, avisa corriendo, que venga un guardia. Yo creo que está muerta.
PORTERA. Pa mí que sí lo está... Está fría. Sí, está muerta, está muerta.
MUJER 1.ª ¡Jesús! Vamos de aquí corriendo.
MUJER 2.ª Vamos, vamos...
AMO. No se mueva nadie de aquí. ¿No ven que pa todos es un compromiso?... Y ese dinero que no lo toque nadie... A ver... Cierra la puerta.
HOMBRE 1.º Pero oiga usté, que nosotros no tenemos por qué estar aquí.
MUJER 1.ª Que no queremos ver nada con la Justicia.

AMO. Ustedes no se mueven.

MUJER 2.ª Pero ¿está muerta?

PORTERA. Y tan muerta.

AMO. ¿Y usté la conoce?...

PORTERA. ¡No tengo de conocerla!... Era una señora, toda una señora.

CRIADO. Había lucido mucho en Madrid. Esa carta que he traído con ese dinero, me la dió esta tarde en el Casino un señor que ha debido de ser su amigo en otros tiempos.

MUJER 2.ª ¡Mira ánde ha venido a morir la pobre!

CRIADO. ¡Cuando le diga lo que ha pasado!... Y ese dinero, ¿qué va a hacerse con ese dinero?

AMO. De aquí no sale nadie, ni ese dinero lo toca nadie... Tién que venir los guardias, tié que venir el juez... ¡Menudo trastorno me va a traer a mí la tía ésta!

PORTERA. ¡Hombre, respete usté la muerte tan siquiera!

AMO. Podía haberse ido a morir en mitá la calle.

MUJER 1.ª Pa no molestarle a usté, ¿verdá?

CRIADO. ¡Sí que he hecho un encargo!

MUJER 2.ª A todos nos ha fastidiao, pero más ha perdío ella.

PORTERA. Ella, no; ella descansa, que bien tié pasao... ¡Pobre doña Elisa! Ya les digo a ustedes: era una señora, pero muy señora... ¡Dios la haiga perdonao!

TELÓN

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, idem id.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El Nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducida.)

La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
Una señora, novela escénica en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: 2 peset